

1

*Servando, el historiador**

Christopher Domínguez Michael

Y no puede faltar la ocasión en el tiempo de que haya una insurrección contra el tirano; y, si hay ocasión, no faltará la insurrección por mucho tiempo, aunque uno no la aproveche. El pueblo sigue con devoción al insurgente y no carecerá de oportunidad de éxito porque combate con el favor de la multitud.

Tomás de Aquino, *La monarquía* (1267-1274)

La *historia civil*, de acuerdo con el sistema actual del mundo católico, no puede ser separada de la *historia eclesiástica*. El estado eclesiástico rivaliza, en concentración y arraigo, con el poder político y temporal del Príncipe, de tal forma que los estatutos del imperio no pueden ser percibidos sin el conocimiento del uno y del otro.

Pietro Giannone, *Istoria civile del regno di Napoli* [1723]

El 2 de febrero de 1812, en Londres, fray Servando resbaló sobre la nieve y se quebró el brazo derecho. Así, hubo de dictar a un secretario los libros finales de su *Historia de la revolución de Nueva España antiguamente Anáhuac*. Esa lesión se agravará cuatro años después, cuando es tomado preso en Soto la Marina y conducido con grilletes a las cárceles de la Inquisición. La quebradura le impedirá firmar sus declaraciones en el Santo Oficio hasta 1819. Si hemos de creerle, una

* Capítulo de la *Vida de fray Servando*, de Christopher Domínguez Michael, que Ediciones Era pondrá en circulación en estos días.

vez curado pudo escribir en la cárcel la mayor parte de su obra. Curioso accidente en un predicador dominado por el apostolado de Santo Tomás, a quien según ciertas tradiciones gnósticas y apócrifas, Jesús lo habría curado del brazo derecho para desterrar su contumaz incredulidad. Interesante dolencia en un viajero como Mier, quien se había detenido a admirar el brazo derecho del otro Tomás, el gran escritor dominico conocido como el Aquinate, en el convento de Santo Domingo de Nápoles.

El doctor Mier dedicó un par de años a la redacción y a la impresión londinense de la *Historia*. Según la introducción de la edición de la Sorbona, Servando entregó a la imprenta, tan pronto llegó a la ciudad de la niebla, los primeros cuatro libros, lo que significa que empezó a escribirlos en Cádiz. De octubre a octubre, de 1811 a 1812, habría dejado reposar la obra, atento a la ola revolucionaria, a la colaboración polémica con Blanco White y a la triangulación conspirativa entre Londres, Cádiz y las ciudades americanas más o menos abiertas al mundo: Nueva Orleans, Veracruz, Caracas y Buenos Aires.

En abril de 1812 Mier estaba en plena confección de su obra, tal como lo confiesa en su carta a Luis Iturribarria, e inclusive da su dirección en Londres: “Yo y mi chico vivimos con el Marqués [del Apartado], 18 Montagu Str. Portman Square”. Su chico era un criado, privilegio al que muchos gentiles hombres y eclesiásticos no renunciaban ni en las peores circunstancias, aún en prisión o sin un centavo.

En abril de 1812 también se inició el sitio de Cuautla, tan comentado en Europa, y acaso acabó de convencer a Mier de ir más allá del seguimiento periodístico y asumir la tarea del historiador. En ese punto, probablemente, mandó parar las prensas –si es que éstas no estaban detenidas por morosidad en el pago– y amplió sus canales de información. Solicitó una colaboración más estrecha al *chato* Miguel Ramos Arizpe –quien años después le habría de suministrar la extremaunción– y prescindió, de buen o de mal grado, del subsidio de los Iturrigaray. Los siete primeros libros de la *Historia* fueron financiados directamente por doña Inés de Jáuregui, esposa de Iturrigaray, en Cádiz o desde ahí. Sometido a juicio de residencia, que no terminó sino once años después, cuando el ex virrey había muerto (1815), la familia Iturrigaray se quedó en España. Habiendo dejado de ser el Maquiavelo de los príncipes novohispanos, Mier replanteó su narración desde 1808 y penetró en la insondable rebelión de Hidalgo. Desde marzo, escri-

biendo el libro XII, el historiador se apoya más que nunca en documentos directos –la oficial *Gazeta de México* y los planes rebeldes del doctor Cos– y alardea, en carta a Tomás Guido, de su trabajo: “Si las *Cartas* [de un americano] fueron cohetes, la *Historia* ha de ser cañones de a 24”.

Perdido el manuscrito original de la *Historia*, la reconstrucción planteada por la edición de la Sorbona señala que no es sino hasta los libros XI-XIV cuando aparece el argumento central de la obra: la violación del pacto entre los americanos y el rey de España en 1808. Desarrollo natural de las ideas servandianas, la insistencia en el motivo responde a una urgencia política del grupo de desterrados americanos en Londres: recobrar la mediación inglesa entre España e Indias cuando se visualiza la derrota de Napoleón en el continente.

En mayo de 1813, el marqués del Apartado –quien según Manuel Calvillo acabó de financiar la obra– urge su terminación a Servando. Y Blanco White, quien desde el 21 de diciembre de 1812 había informado al Foreign Office que la obra estaba en la imprenta, anuncia entusiasmado la inminente publicación y la recomienda calurosamente a los nuevos diputados que tomaban posesión en Cádiz. Servando mismo, feliz ante la misión cumplida, juega con su viaje a la Argentina, donde impediría la independencia absoluta, que ese pueblo, tan dado a la excitación extremista, deseaba contra la prudencia diseñada desde Londres.

Guillermo Glindon, una vez más, imprime a Servando, y en octubre de 1813 la *Historia* comienza su vida, casi tan ajetreada como la de su autor. Pero la persona que la escribió, firmándola con el pseudónimo de José Guerra y dedicándola al “invicto pueblo argentino”, ya era distinta al doctor Mier que hemos tratado a lo largo de estas páginas. En Cádiz había sido un testigo. Las *Cartas* a Blanco White se convierten en el prólogo de una brillante realidad. Dos años después de su llegada a Londres, Servando es el principal vocero de la causa americana, un conspirador internacional que funciona como una especie de hemeroteca ambulante que almacena, edita y difunde todas las noticias de la guerra del Nuevo Mundo.

Una vez más, entre más importante se vuelve Mier, menos sabemos sobre él. Nada dijo de Londres en sus *Memorias*, y durante sus declaraciones al Santo Oficio se cuidó de explayarse, hasta el límite de la tolerancia de los inquisidores, pues muchos de los amigos seguían en Londres durante la Restauración. Pero el silencio londinense dice algo más sobre Servando. Por formación, era ajeno a las

confesiones, un género que durante su juventud se desplazó de San Agustín a Rousseau, de la Iglesia a la Ilustración. Sólo la persecución, la necesidad jurídica y la honra vilipendiada lo obligaron a escribir sus *Memorias*. De no haber sido preso, el conspirador se hubiera seguido dedicando a la suya y se habría ahorrado esa triste –para él– aparición entre los pícaros y los desahuciados del mundo y de la gloria. En todo momento deseó ser recordado como el autor de la *Historia de la revolución de Nueva España*, al grado que, sometido a interrogatorio en el Santo Oficio, le ganó la vanidad literaria y se disculpó ante los inquisidores por

esta continua interpolación ya de solas expresiones, ya de algunas líneas, y de párrafos y muchos párrafos, la obra salió tan desigual, tan divergente en opiniones, y tan agena de la moderación de los primeros libros, que fue necesario el ingenio de todos los interpoladores en el prólogo para intentar medio disuadir que la obra es de un mismo Autor; y al cabo no es historia sino totili mundi.

Cuenta Lucás Alamán que:

Ya fuese por temor a ser perseguido, ya porque Iturrigaray lo estipendió para que escribiese en su favor en Londres, pasó a aquella ciudad, en donde publicó, bajo el nombre de Dr. Guerra, que era su segundo apellido, la *Historia de la revolución de Nueva España*. [...] Ésta ha venido a ser muy rara, porque habiendo retirado Iturrigaray los auxilios que ministraba a Mier, luego que vio que defendía ardientemente la independencia, éste, que había continuado escribiendo, se encontró sin medios de pagar al impresor, quien embargó los ejemplares e hizo poner al autor en la prisión de los deudores, en la que permaneció mucho tiempo, hasta que, habiendo llegado a Londres los primeros enviados del gobierno de Buenos Aires, éstos pagaron al impresor y rescataron los ejemplares de la obra, que remitieron a su país, pero habiéndolos embarcado en un barco que naufragó, se perdieron casi todos, excepto los pocos que andaban repartidos en diversas manos, o que quedaban en poder del autor.

Sería fascinante agregar al abultado expediente criminal de Mier una dickensiana prisión por deudas en Londres. Pero nada prueba ese encierro o que haya tenido una duración memorable, pues Servando no se habría abstenido de na-

rrarlo. Alamán, con el respeto que tenía por su maestro liberal, siempre lo citó cuidadosamente. Dado que nadie más refiere esa anécdota, debió de haber sido el propio Mier quien, abusando de la credulidad del joven Alamán, se la contó cuando se encontraron en París en 1815.

Como saben los peregrinos revolucionarios, ser una figura decisiva en el exilio no garantiza bonanza personal, aun cuando, como Mier, se viva en un país libre e hipocritonamente amigo de la causa. No fue fácil, dicen todas las fuentes, la vida servandiana en Londres. Si no lo había sido, veinte años atrás, para los *émigrés*, cargados de títulos, no tenía por qué serlo para el grupo de Mier –la Sociedad de Caballeros Racionales (SCR)–, cuyo destino político –e importancia para el Foreign Office– era asaz incierto. Preso o no por deudas, Servando le escribió a su camarada Iturribarria, el 14 de abril de 1812, que dormía en el desván de una panadería, quejándose así: “!Ah, si yo tuviera dinero! Traduciría, anotaría y haría la guerra infernal al godo [español]”.

Finalmente, el historiador encontró reposo, junto con su criado Filomeno, en casa de José María Fagoaga. Este hombre, el marqués del Apartado, era un rico minero de Sombrerete, quien ya había estado cerca del general Miranda en 1809 y protegió a la SCR a partir de 1811.

La esencia de la *Historia*, repito, es documental. La información que el Foreign Office daba a *El Español* iba a dar a manos del doctor Mier, como las actas de las sesiones secretas de las Cortes de Cádiz, que Blanco White le entregó personalmente; los Villaurrutia, los Beye de Cisneros y los exiliados cercanos a Los Guadalupe –el grupo independentista de la ciudad de México– nutrieron los expedientes de 1808. Andrés Bello le regalaba la *Gazeta de Caracas*, los argentinos la papelería del Río de la Plata y Ramos Arizpe la prensa insurgente de México.

Las filtraciones peninsulares llegaban a casa del marqués del Apartado vía Luis Iturribarria, el agente de la SCR en Cádiz. A los accidentes de este último personaje, oaxaqueño, debemos valiosas informaciones y documentos. Contador en una fábrica de tabacos en Veracruz y antiguo guardia de corps, Iturribarria trató de ser diputado en Cádiz, y aunque no lo logró, estaba en la península a finales de 1810. Manióbró para que Servando fuese diputado suplente a las cortes por Nuevo León. En 1813, Iturribarria fue confinado en Galicia y de ahí trató de fugarse en la fragata norteamericana *Nelson* rumbo a Filadelfia. Al cuarto para las

doce, las autoridades registraron la nave y entre el equipaje del oaxaqueño hallaron la carta de Mier a Iturribarria –arriba citada– en la que ofrece buena parte de la información que tenemos sobre la composición de la *Historia* y las actividades de la SCR. Ese correo capturado fue utilizado en el proceso contra Ramos Arispe en 1814 y es el que se encuentra en el Museo Naval de Madrid.

En alguna ocasión, Servando se sirve, en la *Historia*, del testimonio directo de la virreina doña Inés. Finalmente, el grupo contaba con la casa mercantil Gordon and Murphy, cuyo apoderado en Veracruz era Tomás Murphy. Ese millonario filantrópico, español de origen irlandés como Blanco White, era el espía perfecto: enmascarado tras su reputación como introductor de la vacuna variolosa en México, fue el primero en enviar a Europa una narración fiel de las primeras semanas de la rebelión de Hidalgo.

Ninguno de los conspiradores en Londres estaba mejor preparado para ejercer esa función. Educado en el rigor dominico, universitario tomista, lector omnívoro y coleccionista desordenado, como se jactan de serlo los Padres Predicadores, Mier había participado en batallas jurídicas, canónicas y políticas desde 1795. Perseguido por los covachuelos, salvó vida y honra ante tribunales y academias. Nadie conocía mejor que él el valor de los documentos –cuya pérdida, real o imaginaria, lo había torturado y por cuya conservación estaba dispuesto a todo–. La historia contemporánea le dio la oportunidad de realizar su vocación frustrada, la de historiador eclesiástico, y no la desaprovechó. Quizá su francés era malo y su inglés escaso, pero le bastaba con la revolución y con sus latines.

A fuerza de accidentes, inteligencia de sobreviviente y tosudez megalomaniaca, fray Servando se convirtió, también, en un político de experiencia. Mal que bien, conocía la Francia del Consulado y la experiencia de la Iglesia Constitucional, había sido tertuliano en los círculos jansenistas de Madrid, combatiente en 1809 y testigo en las cortes de Cádiz. Acostumbrado a las prisiones, en Londres debió de ser feliz, como cagatintas enfebrecido por amor a la causa, prisionero entre libros y periódicos. Era el fraile que había cambiado la celda penitencial por el claustro del monje copista. Si sabemos tan poco de su estancia en Londres es porque, bajo el auspicioso mal clima, siguió el consejo de Pascal y decidió arreglar el mundo sin salir de su habitación. Para la vida pública, los argüendes diplomáticos y el periodismo, estaban los Fagoaga, los Bello, los Blanco White.

De esa forma, escribió una *Historia* que puede leerse a través de tres núcleos: la refutación del libelo de López de Cancelada sobre los acontecimientos de 1808 en la Nueva España (*Verdad sabida y buena fe guardada*), el relato de la insurrección mexicana entre 1810 y 1813, y la querrela jurídico-política entre América y España. Mezcladas y a veces indiscernibles entre sí, son tres formas retóricas de historiografía: la polémica, el periodismo y la apología. Pese al desorden, la *Historia* se deja leer –tolerando paréntesis, digresiones y desarrollos autónomos– como una obra unitaria, oscilante entre la coyuntura política y la justificación apostólica.

Servando tomó de Francia la historia eclesiástica, de España la tradición jurídica y de Inglaterra el periodismo político de los *whigs*, a través de diarios –como *The Morning Chronicle* y en menor medida *The Times*–, auxiliares del cabildeo ministerial y parlamentario. Es curioso que Blanco White y Mier, quienes escribían en español sobre América, hablasen con toda naturalidad de su influencia sobre la opinión inglesa. Por “opinión” se referían al Foreign Office, al resto de los ministerios y al *lobby* comercial tan interesado en el Nuevo Mundo. Ese cabildeo, no exento de tensiones, estimulaba la fidelidad a la causa: *El Español* se leía en América y era reproducido por toda la prensa insurgente.

El doctor Mier organizó una cantidad abrumadora de información impresa y escuchó varios testimonios. Educado en la escolástica, procedía por acumulación y demostración sumaria; batalló, sin éxito, con la síntesis, aprendiz de periodista moderno y heredero de la digresión barroca. Las gacetas americanas y españolas, los libelos y las apologías eran un continuo que proyectaba a Tomás Apóstol del remoto pasado hasta la noticia. La historiografía contemporánea entraba en tensión no resuelta con la tradición apostólica, escrita con el tedio de los siglos. Escribió atormentado por decirlo todo y por hacerlo rápido. Se convirtió en el anticovachuelo, un papirófago que devoraba para recordar antes que para olvidar.

Al contrastar las fuentes documentales con la *Historia*, la edición de la Sorbona comprueba la probidad de Mier. Político, condensó y manipuló párrafos de *El Español* y de *La gaceta de México* sin cometer ninguna barbaridad. Su mano derecha, tambaleante por la quebradura, sólo deforma los hechos cuando algún matiz pone en riesgo el objetivo inmediato de la obra: obtener la mediación inglesa. Así, lima el radicalismo de la insurgencia, necesitado de identificarse con Ed-

mund Burke en su explicación de la independencia de las colonias inglesas cuarenta años atrás, aunque el rebelde Thomas Paine (1737-1809) lo seduzca, al grado de parafrasearlo sin anotar la fuente y de reconocer su deuda hasta algunos años después. Ahíto de argumentos, seguramente a Mier no le importaba juntar agua y aceite: la teoría contractual y el *Common Sense*.

La naturalidad con la que el doctor dominico relaciona a Burke con Paine, pareciendo grosera, no lo es. Más tarde, al redactar la *Memoria político-instructiva* (1821), Mier se servirá anchurosamente del Paine bíblico, cuáquero. Pero antes del enfrentamiento decisivo entre Burke y Paine, cuando el antiguo corsetero inglés, convertido en convencional girondino, conteste con *Los derechos del hombre* (1791-1792) a las *Reflexiones sobre la revolución francesa*, a ambos polemistas los unían las revoluciones de Inglaterra en 1688 y de los Estados Unidos en 1776 como resultados de un origen común e insular: *no taxation without representation*. Durante su gira triunfal por Inglaterra en el verano de 1788, previa a su desembarco en Calais, Paine era un patricio norteamericano respetado por los *whigs*, y fue el propio Burke quien introdujo al libelista revolucionario a los salones de Pitt, Fox y Portland. Paine –“Nunca mejor demócrata ciñó la armadura de caballero andante; nunca mejor cristiano atacó la ortodoxia”, como dijo Henry N. Brailsford–, arriesgó su vida por la del rey de Francia, a cuya decapitación se opuso en la Convención. La tumba de Tom Paine fue saqueada en 1819 y sus restos, como los de fray Servando, se dispersaron por la tierra.

La *Historia* servandiana concluye en momentos de confusión, poco antes de la radicalización decisiva –y terminal– de Morelos y los primeros constituyentes. Ni *Los sentimientos de la nación* ni el *Acta de Independencia de la América Septentrional*, también conocida como la Constitución de Apatzingán, alcanzaron a ser comentados en la *Historia*, lo que libró a Mier de tomar partido ante documentos que habrían escandalizado a los ingleses.

Servando fue el primer historiador hispanoamericano en concebir una *Historia* revolucionaria mientras la propia guerra transcurría. Más allá de la abundante panfletería rebelde, entre 1810 y 1813 sólo destacan algunas obras, como *South America Emancipation*, de José N. Antepara, y *Los derechos de España y América*, de William Burke, o las versiones de Paine realizadas en Venezuela por Manuel García de Sena. Antepara fue el vínculo entre el marqués del Apartado y el general

Miranda, cuyas ideas difundió en su libro, mientras que William Burke había proyectado desde 1807 independizar las Américas para protegerlas de Napoleón. Los antecedentes intelectuales estaban en el abate Viscardo, Humboldt, Miranda o en Pradt –decisivo para Mier hacia 1820–, quien publicó *Les trois ages des Colonies* (1801-1802), la primera obra europea que exigió la independencia de América. Pero una vez iniciadas las guerras de independencia no se encuentra otra obra, americana o europea, tan oportuna y original como la de Mier.

Escribir historia contemporánea no se hizo práctica ordinaria hasta la Restauración. Inclusive los grandes historiadores de la Revolución francesa son posteriores a 1830: Blanc, Michelet, Guizot, Buchez. Antes de ellos, a Mier hay que contarlos entre un selecto grupo de precursores, quienes meditaron de manera inmediata sobre acontecimientos de los que eran testigos o protagonistas: Edmund Burke, Fichte, Paine, Chateaubriand, Constant y Madame de Staël, entre los intérpretes de la revolución de Francia. En España, salvo los folletos de Flórez Estrada, la primera historia revolucionaria es la de Llorente, fechada en 1814.

Salvo a Fichte, Mier conoció, de oídas o de leídas, a todas esas plumas prestigiosas. Vía Blanco White leyó a Burke y a su divulgador teológico William Paley, a Chateaubriand desde luego, y sólo hasta 1815, en París, escuchó hablar de madame de Staël y de su amigo Benjamin Constant, cuyo liberalismo postnapoleónico es empático con el suyo. Sin embargo, salvo de Burke y de Paine, sería aventurado decir que la *Historia* recibió influencia directa de esos escritores.

En esa familia espiritual reunida en torno del amor, el escepticismo o la deturpación de la revolución, esa novedad, Servando ocupa un sitio ambiguo. Casi nadie entre los independentistas españoles –para no hablar de los liberales españoles– deseaban repetir o imitar la Revolución francesa, antes al contrario. Entre los mejor enterados gravitaba la admiración por 1789 o por la Constitución de 1791, pero la revolución era abrumadoramente identificada con el Terror y su engendro bonapartista. El doctor Mier, en su día predicador contra el regicidio y sus supuestos padres –Voltaire y Rousseau– compartía con las *Reflexiones sobre la revolución de Francia*, de Burke, el más decidido antijacobinismo.

La *Historia*, basada en una interpretación tomista del derecho castellano, no requería de préstamos ingleses. Pero Mier compartía con Burke el contrato racional entre rey y subditos, sujeto a revocación por incumplimiento de parte. El

rey Jacobo II, dice Burke en 1790, no fue derrocado en 1688 por “mala conducta”, sino por practicar

un proyecto probado por una multitud de actos manifiestos; por trastornar la Iglesia protestante y el Estado, sus leyes fundamentales y sus libertades incontestables, y por haber roto el pacto primordial entre el rey y el pueblo; y esto es más que mala conducta. Una necesidad de las más urgentes y superior a la ley los determinó a dar ese paso, y lo dieron con aquella especie de repugnancia que se siente al obrar estrechado por la más rigurosa de las leyes. Para asegurar su confianza no ponían su confianza en la perspectivas de nuevas revoluciones.

Contra los entusiastas ingleses de 1790, Burke intentó separar y contraponer la Gloriosa Revolución de 1688 de la Revolución francesa. Aquélla había sido una vuelta al origen, mientras que la otra era un abismo hacia un futuro tenebroso. De igual manera, la *Historia* servandiana presentaba la revolución de Nueva España como una restauración ajena a la locura del siglo. Capaz de unir a Paine y a Burke sin dar explicaciones, ¿Mier estaba consciente de la imposibilidad de esa visión unívoca? Quizá. Por ello, en el historiador convivían de forma problemática una visión de largo aliento y otra de corta duración. La primera sugería que más que un contrato jurídico-político, la evangelización precolombina había unido al Anáhuac con el cristianismo, mediante la parénesis, es decir, la aceptación libre, determinada por la razón natural, de la predicación cristiana. La corta duración –que es lo que aquí importa– establecía un contrato bien específico –escrito y “firmado” en las Leyes de Indias– entre los conquistadores –albaceas de una nacionalidad futura– y la corona de Castilla. Que entre el especulativo pacto primordial y la muy visible “carta magna” del siglo XVI hubiesen transcurrido mil o mil quinientos años de civilización no cristiana era irrelevante para Mier.

El derrocamiento de Iturrigaray por los españoles era mucho más que “la mala conducta” (*misconduct*) burkeana; constituía un motivo escandaloso y suficiente de revocación del mandato. Eso justificaba, en Burke, la caída de Jacobo; en Mier, la independencia americana. Pero ni Burke ni Servando confundían su pacto con el contrato social de Rousseau, basado en una filosofía natural ajena al cristianismo.

En el famoso texto de Burke hay una palabra esencial: repugnancia. Toda la generación de 1808 se fue a la guerra por Fernando VII con esa palabra en la boca

o en el gacete. Actuaban, en España y en América, con esa “especie de repugnancia” ante vejaciones exteriores e inverosímiles, obligados a la violencia por situaciones violatorias de un orden legendario. Hasta su propio rey había desaparecido. La palabra revolución significó, espontáneamente, vuelta al origen. Muy pronto muchos revolucionarios comprendieron, con fascinación y terror, que ese origen estaba en el futuro. Una vez convertido en republicano fundador de México, Servando, ya viejo, no fue más lejos que Burke ante 1688. La revolución de Nueva España –narrada por él antes que nadie– había sido un acontecimiento de restitución, único en la historia universal.

Mier fue el primero en hablar de la independencia americana en términos de revolución, y es responsable ante la historiografía de la ambigüedad que el término significó para los modernos. Usó la palabra revolución como periodista, para registrar acontecimientos que superaban el motín, la rebelión y la revuelta, aun sabiendo que sus amigos ingleses tenían esa denominación. En ningún momento de la *Historia* Mier se detiene a conceptualizar la revolución, como lo había hecho el joven Chateaubriand, con una comparación académica entre las revoluciones antiguas y modernas en el *Essai sur les révolutions* (1797). Si acaso, Mier entendía una situación revolucionaria contemporánea en el sentido de Grégoire, un suceso político de la historia eclesiástica que permitiría el regreso a la Iglesia apostólica. En su actitud ante la Constitución de Cádiz, Servando fue un *whig* moderado. Como Blanco White, desconfiaba de las asambleas de filósofos, remedos de 1791... siempre y cuando esos aquelarres no se viesan purificados al efectuarse en América.

Lector del benedictino Feijoo, amigo de la correcta interpretación de los astros, Servando confiaba en la acepción astronómica de revolución. La necesidad de dar a 1808 un énfasis radical proviene del título completo de la obra: *Historia de la revolución de Nueva España antiguamente llamada Anáhuac*. Hablar de Anáhuac –cuando el nuevo nombre del país oscilaba entre la ambiciosa América septentrional y el enigmático México– es la solución a la vieja clave del jeroglífico americano. Se trataba de restaurar, en el largo aliento y en la corta duración, a la vieja nación cristianizada por Tomás y al imperio que, humillado en 1521, había establecido un contrato como reino de ultramar.

La historiografía de la Ilustración europea influyó escasamente en Mier, pero sería injusto aislarlo por completo de ella. La célebre *Historia de América* (1779) del

escocés William Robertson reforzó nociones universalistas presentes en la cultura novohispana desde el criollismo del siglo XVIII. E inclusive pueden rastrearse fenómenos paralelos, ya que George Buchanan, el cronista cuya crítica hizo el ilustrado Robertson, dedicó, como Servando, varias páginas a buscar en las etimologías de Escocia y Gales legitimidades anteriores al dominio anglosajón, basadas en el mito de una “antigua constitución escocesa”. En ese orden de ideas, la búsqueda anticuaría del mundo prehispánico que Mier, tras las lecciones de Borunda, politizó, no era un fenómeno aislado. Tan descabellada podía parecer a los espíritus más exigentes la pareja Tomás/Quetzalcóatl, como la invención del bardo gaélico Ossian, obra de James Macpherson, que el grupo de Robertson promovió.

William Robertson, cuyos prejuicios ilustrados antiamericanos Mier se ocupó en refutar, consideraba comunes a todo el género humano los estados transitorios de civilización y barbarie. El antiguo México, cuya constitución le parecía feudal a Robertson, no era ni mejor ni peor que la Germania conquistada por los romanos. Esa igualdad, aunque fuese peyorativa, agradó a Servando, como antes a Clavijero. A Gibbon sólo lo cita en una ocasión, para documentar que los españoles ignoraban la etimología latina de colono, título que los romanos dieron a sus aliados nativos en Sevilla y Utica, rompiendo, bajo el emperador Adriano, toda distinción entre conquistados y conquistadores. La historia universal –nombrando a Tucídides, Ovidio y Virgilio– sólo aparece en la *Historia* de Servando cuando se trata de poner en su lugar a los españoles, de demostrar que la leyenda negra empezó con la legión de ibéricos que habrían crucificado al Señor.

Servando se nutrió de la primera tradición historiográfica propiamente americana, la *Crónica de Indias*, de la que fue el último apologeta. Indiferente a las civilizaciones mesoamericanas –tal cual fueron examinadas por Acosta, Sahagún, Torquemada, Las Casas–, Mier sólo acude a la etnografía comparada cuando necesita aceitar la palanca original de su mecanismo: la evangelización precolombina. Inclusive, Clavijero y Lorenzo Boturini, los historiadores “mexicanos” que lo precedieron, sólo aparecen como dignificadores de la grandeza americana.

Servando confesó que durante la escritura sólo tuvo a la mano las obras de Remesal y de Torquemada. Cita en diecinueve ocasiones a Antonio de Remesal (muerto en 1610), autor de una *Historia general de las Indias Occidentales, y particular de Chiapa y Guatemala*, impresa en Madrid el año de su muerte. Reputado

como escritor fantasioso, Remesal debe su fama póstuma a su labor como primer hagiógrafo de Las Casas. Gracias a él, el doctor Mier mitigó las carencias planteadas por la ingente cantidad de obra inédita –que no del todo desconocida– que dejó fray Bartolomé. No fue sino hasta 1819, al escribir las *Cartas a Juan Bautista Muñoz*, cuando Mier pudo, gracias a la biblioteca del Santo Oficio, corroborar y ampliar su conocimiento de la *Crónica de Indias*, ofreciendo a su imaginario corresponsal, a propósito de la querrela guadalupana, un resumen personal de sus lecturas sobre la conquista y la destrucción del Nuevo Mundo.

En fray Juan de Torquemada (1562?-1624) encontró Servando una paleta multicolor para pintar –citándolo sesenta veces– a su gusto la vieja Anáhuac. Autor de la *Monarquía indiana* (1615), “una palabrera crónica monástica, digna del fin de la Edad Media”, Torquemada, aunque fiel al providencialismo franciscano, desechó suposiciones caras a Mier, como el origen bíblico, cartaginés o atlante de los indios, aduciendo con claro criticismo que los rituales paganos eran comunes a muchos pueblos, aunque admitió la posibilidad de que hacia 750 hubiesen llegado misioneros cristianos a América.

Mier no los necesitaba a los franciscanos, para documentar la predicación precolombina, tema dominico. El esquema monárquico y eclesiástico de Torquemada, además, contribuía a la europeización servandiana de las civilizaciones indias. Basándose en el *Códice Xólotl* –sigo a Brading–, Torquemada dispuso una gigantomaquia de los toltecas como fundadores de América y presentó las causas de la decadencia –en su opinión, de origen demoníaco– que Cortés encontró en Tenochtitlan.

Con Remesal y Torquemada en la cabecera, Servando también recurrió en Londres a las obras de José de Acosta, Bernardino de Sahagún, Juan Ginés de Sepúlveda, Toribio de Benavente y Antonio de Herrera. El recurso a este último, historiógrafo mayor de Indias en 1596, ratifica las maneras historiográficas servandianas. Herrera y Tordesillas (1549-1625) dividió su *Historia general de los hechos castellanos en las islas y tierra firme* (1601) en décadas, a la manera de Maquiavelo ante Tito Livio. Escribió Herrera por la gloria del imperio y fue otro de los que, expurgando sus páginas indigenistas, saqueó a Las Casas. La fluidez de su estilo, su prudencia ante las cuestiones espinosas, debieron molestar a Servando, pero se sintió cautivado por su eurocentrismo.

Si para Herrera las Indias eran, ante todo, un escenario de la hazaña castellana, para Mier lo eran de una epopeya cristiana. La *Historia* servandiana, como la *Monarquía* de Torquemada, sacaba al mundo indiano del exotismo, mostrándolo como un afluente desviado o subterráneo, pero no perdido, del gran río de la catolicidad, es decir, de la historia universal.

Dividiendo de manera grosera ese género esplendoroso y novator que fue la crónica de Indias, tenemos los libros de gesta (la historia militar de la Conquista, desde las *Cartas de Relación* hasta Antonio de Solís) y la descripción “etnográfica” del Nuevo Mundo (Benavente, Las Casas, Acosta, Sahagún, Jerónimo de Mendieta). Ambos extremos se unen en un género híbrido, al que obras y autores llegan con naturalidad: la historia eclesiástica.

La historia eclesiástica del siglo XVI colocaba en el centro a la Iglesia y a sus órdenes mendicantes, narrando la evangelización, y como secuencia lógica, la vida social, política, económica y religiosa de los evangelizados. La importancia política del género era capital: de la historia eclesiástica derivaba la legitimidad o la ilegalidad de los títulos de conquista con que los españoles actuaban en el Nuevo Mundo.

Antes que en la historiografía contemporánea, política y militar, la *Historia* servandiana se sostiene sobre un punto esencial de la historia eclesiástica indiana: la legitimidad de la conquista. Historiador eclesiástico por vocación, a Servando le toca hacerlo en un momento en que la Iglesia católica ha sufrido el golpe brutal de 1789. Ante la imposibilidad europea de seguir haciendo historia eclesiástica con una Iglesia finalmente expulsada de la centralidad política y arrojada a batallar por su sobrevivencia en las aguas broncas del siglo, a Servando le queda una reserva espiritual e intelectual en América. Su *Historia* intenta una suerte de traslado de las maneras retóricas del siglo XVI al tiempo de las revoluciones. Mier invierte la gesta a favor de los novohispanos de 1808, esta vez de reconquista. Periodista revolucionario, usa las fuentes contemporáneas con la misma manía barroca con que Las Casas y Torquemada utilizaron crónicas y testimonios de los conquistadores y de la visión de los vencidos.

El uso de las gacetas realistas –Mier tenía un acceso más amplio a éstas que a la prensa insurgente– resulta paradójicamente benéfico para la *Historia* como crónica de reconquista. Hacía innecesario cargar demasiado las tintas. Eran tan vesánicos los elogios oficiales de las hazañas de los virreyes Venegas y Calleja y de

sus grandes capitanes, que sólo con transcribirlos quedaba demostrada la ilegitimidad del dominio español. Y al referirse al cristalino apego de los insurgentes –en voz de Rayón y Cos– a la tradición jurídica indiana, Mier cumple con su doble misión. Vuelve a negar o a ponderar en 1813 los títulos de conquista, como lo habían hecho en los siglos XVI y XVII Vitoria, Soto y Las Casas, por un lado, y a hacer la crónica militar, como un Gómara criollo, de la devastación de las Indias:

exaltadas las tropas con tan horrenda felonía, se arrojaron impávidas sobre los cañones, que no volvieron a disparar, los cabalgaron y dexaron tendidos en el campo de batalla y en el de su fuga aquel puñado de miserables, de que sólo escaparon como unos 200 heridos, triste resto que no pudo volver a México. Toda la ciudad los vio con sus ojos, aunque se clamoreó lo contrario en la *Gazeta*...

La composición de la *Historia*, obra de gabinete, no requería de un esfuerzo prosístico singular para Mier. A la manera del cronicón, Servando editaba sus fuentes, componiendo su libro mediante el bricolaje más a la manera de Torquemada y Remesal, que a la de Blanco White y los periodistas *whigs*. En Londres, en contraste con el predicador de 1794, Mier se alejaba de Clavijero y Boturini, quienes renovaron la crónica de Indias al transformarla en una apología etnográfica contra las Luces, que embestían contra el clima, los animales y las sociedades del Nuevo Mundo. Servando, presto a tomar la pluma contra las agresiones puntuales de Robertson o de Pauw, estaba tan convencido de la grandeza americana que no perdió el tiempo en ratificarla generosamente en la *Historia*.

Dirigida en primera instancia a los políticos británicos, la *Historia* coronaría a “José Guerra” en México, Caracas y Buenos Aires, de no haber naufragado el barco que la llevaba a su destino. En México hay actualmente sólo dos ejemplares de aquella primera edición, que fue vendida a ocho duros con un tiraje de 1 000 ejemplares. La influencia directa de Mier en 1813 sobre las guerras novohispanas fue escasa y se circunscribió a los artículos de *El Español* previos a la aparición de la *Historia*. La *Gazeta del gobierno de Buenos Aires* hizo acuse de recibo del libro en septiembre de 1814, poca cosa si recordamos la devoción de Servando por “el in-victo pueblo argentino”. Andrés Quintana Roo, por ejemplo, había reproducido la primera *Carta de un americano* en su *Semanario Patriótico* en octubre de 1812, en México.

La *Historia*, en cambio, fue libro de cabecera de Bolívar. Servando se jactó en *Idea de la constitución* (1821) del favor regio del deseado:

Y no obstante que Fernando VII después de haberla leído mandó comprar a cualquier precio por medio de su embajador algunos ejemplares para repartir en su Corte, el virrey de México Apodaca tomó tal empeño para impedir circulase, que hasta envió la obra a la Inquisición para que la maleficiase por medio de sus calificadores o hereficadores de oficio.

Sabemos de buena fuente que sus agentes realistas en América utilizaban la *Historia* como fuente de información. Según Bustamante, el libro fue decisivo en la conversión de Agustín de Iturbide a la causa de la independencia. Hijo predilecto de Servando, el libro tuvo, en cambio, un destino lamentable en Europa. Temeroso del plagio, plagiarlo él mismo, el doctor Mier fue víctima de políticos apresurados y de historiadores sin escrúpulos que utilizaron la *Historia* como obra negra.

Según la edición de la Sorbona, el primero en servirse de Mier fue William Walton. Este aventurero inglés, cercano al grupo de Londres, publicó *An Exposé on the Dissentions of Spanish America* en 1814. Aunque Walton fue un apologista de la independencia, el plagio fue tan descarado que Mier lo denunció en sus *Memoorias*. En 1817 apareció, de manera anónima, *Outline of the Revolution in Spanish America*. No fue sino hasta 1953 cuando se atribuyó el texto a Manuel Palacio Fajardo, un venezolano, muerto precozmente en 1819, quien había sido oficial de Miranda y compañero de Bolívar. Perseguido por la policía de Luis XVIII, fue a dar a Londres, donde conoció a Servando, a quien cita como José Guerra entre las fuentes de su *Bosquejo de la Revolución en la América Española*, como se le tituló después.

Tras Walton y Palacio Fajardo, la *Historia* se pierde. Todavía entre 1822 y 1825, dos historiadores franceses –A. Dillon y E. Monglave– utilizan la *Historia* (o a sus comentaristas) como fuente para sendos resúmenes. El colmo será William David Robinson, el cronista más acreditado de la expedición de Mina, en sus *Memoirs of the Mexican Revolution* (1820). Mencionó a Servando como ideólogo de esa aventura, pero plagió su libro a la hora de escribir los antecedentes. El destino de la *Historia* servandiana es acorde con la tradición eclesiástica. Como a Las Casas y a tantos frailes escritores antes que él, sus obras pasaron a ser materia de un

archivo colectivo que los sucesivos escoliastas van copiando, editando, transformando. El periplo mexicano fue distinto. Si Mier prevaleció, más allá de la anécdota frailuna hasta su redescubrimiento en 1865, se debió a su papel como bautista de la historiografía insurgente. Alamán, enemigo de los liberales, alabó la *Historia* en 1851:

Esta obra, escrita con elegancia y dispuesta con mucho artificio, será siempre apreciable por la multitud de noticias que contiene y por el talento con que el autor trata las materias de que se ocupa, dejando aparte todo lo que es hijo de las circunstancias y obra del espíritu de partido que reinaba en el momento. Rico en conocimientos y en erudición, Mier es al mismo tiempo muy agradable por su estilo, y lleno de fuego y ardimiento, abunda en chistes oportunos que hacen entretenida y amena la obra.

Empero, fue Carlos María de Bustamante (1774-1848) el discípulo más sobresaliente de Servando. A este mitógrafo romántico debemos varios de los cultos y supercherías que dieron origen a la llamada identidad mexicana, habiendo sido acusado de “crímenes historiográficos” por sus acérrimos y no por ello menos razonables enemigos. Periodista, fundador del *Diario de México* en 1805 y de *El Juguetillo* durante la efímera libertad de imprenta de 1812, Bustamante se unió poco después a Morelos. Preso en San Juan de Ulúa entre 1817 y 1819, aconsejó a Vicente Guerrero la alianza decisiva con Iturbide, contra quien conspiró después, junto a Mier.

El *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana* (1823-1846), de Bustamante, es nuestra primera “historia patria”, fuente imprescindible pese a su soporífera novelización de tantos hechos y sucedidos. A Bustamante debemos la glorificación de Morelos, “nuevo Moisés”, al frente de todos los insurgentes, presentados como padres de una identidad que nace sin mácula en 1810, en confrontación con los españoles, a quienes el cronista bestializa sin recato.

Ante la orfandad de 1821, Bustamante hizo efectiva la intuición servandiana y convirtió al México independiente en legatario directo de un imperio azteca que a sus ojos equivalía a la Roma de los césares. Cortés sería el primer independentista, una suerte de Constantino el Grande que cristianiza al imperio. Bustamante, al mismo tiempo, fue el primer valedor de Bernal Díaz del Castillo. Con todo y

su ortodoxia católica, don Carlos María impidió que el águila y la serpiente, emblema de la nueva nación, fuese cristianizado. Antes que Michelet –o mientras lo leía–, Bustamante llenó su *Cuadro histórico* de popularismo y de hazañas caballerescas, más relacionadas con la leyendas medievales que con la Revolución francesa, como la invención del Pípila o la conversión de Juan Nepomuceno Almonte, el hijo natural de Morelos, en protagonista de una fábula del niño y del dragón.

En la obra bustamantina –más de cien tomos trabajados por un siglo de eruditos, desde Icazbalceta a O’Gorman– “el sabio padre Mier” es la fuente indispensable para 1808, como el admirado amigo de Blanco White y el valeroso capellán de Mina. Es “el hombre impávido y por otra parte gracioso” que llamó Apodaca a su caballo cuando, liberado por el Santo Oficio en 1820, fue enviado a Veracruz. Sin embargo, Mier –contemporáneo suyo en los primeros años de la república– no fue mitificado por Bustamante. Su obra, en cambio, es una consecuencia romántica y nacionalista casi lógica de la *Historia* servandiana. Inspirado en ésta, Bustamante acabó de cristianizar la independencia mexicana. Mier había legitimado el origen apostólico de América, y Bustamante tornó bíblica toda la narración de la guerra: el camino de un pueblo elegido.

Bustamante y su rival conservador Alamán murieron a mediados del siglo XIX en los años sombríos de la derrota mexicana ante los Estados Unidos. En su ocaso –que identificaban fatalmente con los de una patria imposible– debieron pensar frecuentemente en la felicidad de Servando, el bautista, en cuya *Historia* parecía tan fácil recuperar la libertad del Anáhuac, ya fuese en la independencia absoluta de España o con la armonía en el corazón del imperio. También es probable que lo maldijeran en la intimidad: el doctor Mier había bautizado la historia nacional con la palabra revolución, diagnóstico que se volvió enfermedad.

Más que como crónica de gesta, la *Historia* sobrevivió como historia eclesiástica. A Servando le hubiera encantado saberlo. Como historiografía crítica y contemporánea, el libro se convirtió en un antecedente meritorio superado por los acontecimientos. Bustamante y Alamán, de la generación siguiente, culminaron las historias de la independencia. Es curioso saber que la parte más exitosa de la *Historia*, durante la década posterior a 1813, fue su apéndice apologético: una “Nota ilustrativa de este documento y que se trata de la predicación del Evangelio en América antes de la Conquista”.

¿Fray Servando volvía a las andadas? ¿No contento con ser notario de una revolución regresaba al trauma de 1794? ¿A quién le interesaba escuchar, otra vez, las aventuras de Tomás en América? ¿De qué le habían servido la Real Academia de Historia, Grégoire y Blanco White, si volvía a su delirio barroco? Pero a los lectores contemporáneos de Mier les pareció lógica y coherente la “nota explicativa”, y vaya que lo es, como lo ratifican Lafaye, Brading y O’Gorman. A Bolívar, por ejemplo, un republicano clásico, le interesó Quetzalcóatl como máscara de algún predicador cristiano, como lo dice en su *Carta de Jamaica* (1815). Alamán, escéptico en cuanto a innovaciones peligrosas de la doctrina católica, reimprimió la nota servandiana como apéndice, en 1844, en su edición en español de la *History of Conquest of Mexico*, de William H. Prescott, para que los lectores del historiador norteamericano no olvidasen el probable, aunque remoto, origen cristiano y apostólico de los indios.

El fraile historiador había encajado los golpes criticistas de la Real Academia de Historia y en 1813 reformuló y ponderó las ocurrencias más burdas del licenciado Borunda. Para ello se desdobra, y es “José Guerra” quien recuerda las desventuras de fray Servando en el laberinto de la predicación apostólica. Afirma que la identidad entre Quetzalcóatl (y Viracocha y otras encarnaciones prehispánicas del hombre barbado venido del mar) y el predicador no encarna necesariamente en la persona misma de Tomás apóstol. Pudo haber sido otro Tomás, el de Mylapore, que predicó en la India en el siglo VI o un obispo oriental, judío helenizado. Hecha esta concesión a la inverosimilitud cronográfica del sermón de 1794, Servando vuelve a ser rotundo: “Es cosa admirable cómo toda la mitología mexicana se explica a consecuencia del cristianismo, en traduciendo Quetzalcóhuatl por Santo Tomás...”.

Apoyándose en la tradición criolla, Mier sostiene esa identificación como irrefutable por motivos filológicos y arqueológicos. Los pobladores del continente, dice, llegaron por el estrecho de Behring y vivieron en el paganismo hasta su evangelización precolombina. Servando se extraña de que se llamen cristianos —como los franciscos del siglo XVI— quienes se atreven a dudar de la literalidad del evangelio de Marcos, cuando Jesús mandó a predicar a sus apóstoles por todo el mundo. Pero admitiendo “conocer el siglo en que estoy”, renuncia a la apelación escriturística, armándose de otras pruebas: el comercio entre China y Aná-

huac o entre México y Egipto, documentado por Carli y Kircher, los vestigios de la cruz de Kukulcán en Campeche y la interpretación borundiana de las piedras excavadas en 1790.

En su enumeración caótica sale a relucir un monacato prehispánico, instituido por Quetzalcóatl con sus votos de pobreza, obediencia y castigo. Los sacrificios humanos son, como lo sostuvo Las Casas, una depravación de la eucaristía, tan deplorable como los excesos deístas de 1793, pero no peores. El viaje al Anáhuac de los antiguos mexicanos es el de Israel tras la cautividad del faraón.

Quince años después ningún historiador habría tomado en serio a Mier. Pero antes de 1820, con la erudición ilustrada que no moría y con el romanticismo naciente, entre la egiptomanía y la búsqueda de identidades nacionales para patrias nuevas, es comprensible que a Bolívar y a Alamán les haya parecido pertinente el mito tomasiano. Mier llevaba un cuarto de siglo hablando de él. Sin creerlo del todo, Chateaubriand, Grégoire y Blanco White quizá lo estimularon a seguir sus averiguaciones, que eran, además, una tradición respetable entre los dominicos y los anticuarios criollos.

Pero la *Historia* estaba condenada a ser, como su autor, un código extraviado. El último par de “evangelistas de la emancipación”, identificados cabalmente con el liberalismo decimonónico, Lorenzo de Zavala (1788-1836) y José María Luis Mora (1794-1850) desdeñaron la *Historia* servandiana. Mora, aunque le dedicó una cariñosa nota necrológica a Mier, no lo menciona en su *México y sus revoluciones* (1836). Zavala llama a Servando “escritor indigesto” y “acalorado cerebro” en su *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, cuya edición definitiva apareció en 1845.

Servando, hombre de palabra, predicador y escritor, se remite a una “verificación” léxica para cerrar el caso. Para Boturini, *quetzal* es “predicador”; para Borunda, *teohuitzilopochtli* es “el señor de la espina o herida en el costado de quien lo mira”. Así, *mecsi* significa “ungido a Cristo”, y México, otra vez sea dicho, el lugar donde se adora a Cristo. La manipulación charlatana de una etimología sustituye a la prueba histórica. Una tradición filológica, propia de la historia eclesiástica judía, griega y latina, encontraba en el verbo la manifestación de Dios; Mier –y la escuela criolla que con él culmina– pretendió aplicar, por exigencias dogmáticas –Dios no podía haber olvidado al Nuevo Mundo– esa lexicografía a un universo

gramatical desconocido. Pero la invención de una etimología creará una nacionalidad, que en la *Historia* aparece, como acto de fe y como un hecho del lenguaje.

¿Qué pieza falta en relación con 1794? La Virgen de Guadalupe, ni más ni menos. La heterodoxia guadalupana se convierte en silenciosa apostasía y el janse-nista renuncia a las vírgenes. O al menos se cuida de exhibirlas ante el público europeo, pues en 1819 volverá al tema, ante interlocutores, reales o imaginarios, en México. Pero más allá de obsesiones y minucias, aunque con un pésimo sentido de la oportunidad, a un lustro de la fundación de la República, Servando rechaza el guadalupanismo –que Hidalgo, por azar o convicción, había convertido en imago de la revuelta– como mito fundacional y lo cambia por una lexicografía erudita de incierto futuro: Quetzalcóatl/Santo Tomás. La “Nota ilustrativa” es el más claro y efectivo de los textos tomasianos de Servando. Debió haber sido el último.

Curándose el brazo derecho con la escritura, Servando Teresa de Mier hizo con la *Historia de la revolución de Nueva España* una síntesis de géneros y tradiciones, a ratos macrocefálica, como era propio del tratado barroco. Prosísticamente, es obra de predicador, cuyas tramoyas y artefactos inundan el texto: el apóstrofe, la preterición, la prosopeya y la anáfora. A su vez, la tradición picaresca se filtra a través de la maldad frailuna despiadada contra López de Cancelada. Viene de la historia eclesiástica e irrumpe en una forma nueva de hacer política y de escribir: el periodismo. La *Historia* servandiana, pese a su enjambre barroco, es una especie catalogable dentro de lo que J.G.A. Pocock, especialista en la historiografía dieciochesca, llama “historia narrativa”, género moderno donde hubo otros historiadores que, como Mier, fueron protoilustrados, más ligados al mundo de la ley civil y de la teoría contractual del gobierno que a las maneras de los *philosophes*. Esa protoilustración radicó en el abandono de la historiografía como mera erudición.

Por su forma, la *Historia* es un caudal de historias, muchas de ellas condenadas, al llegar a Mier, a ser aguas estancas, sujetas a evaporarse. Una de ellas, la que acaso sintetiza este episodio final de la literatura novohispana, es el tratado teológico-político. Tomás de Aquino, el maestro del brazo derecho venerable, utilizó esa forma para dotar a la teología de una incidencia práctica en el gobierno de los príncipes y de sus súbditos cristianos. En su caótica *Historia*, Servando sigue el plan de trabajo del Aquinate en *La monarquía (De regno)*, examinando, en ese orden, el origen divino de la autoridad, la legitimidad de las formas de go-

bierno y su ilegitimidad, racionalizando el derecho del vasallaje a la insurrección cuando su soberanía se ve vulnerada.

Mier anunció la República Cristiana del Anáhuac con un tratado teológico-político, esa *Historia* que justificaba la independencia de América. Último cronista de Indias, Servando cubría todos los frentes que su dominio le permitía: la literalidad bíblica de Marcos evangelista, la erudición barroca y el criticismo ilustrado, las probabilidades arqueológicas y filológicas, el derecho de gentes, la descripción del Anáhuac como pueblo en la historia de la Iglesia, la crónica de su ruina y el entusiasmo por su resurrección. ❧